



INTERPRETACIÓN EN ARQUEOLOGÍA. TEORÍAS DEL CONOCIMIENTO

Ester ÁLVAREZ VIDAURRE

“Toda historia es la reactualización de pensamientos pretéritos en la propia mente del historiador” (Collingwood, 1972: 210).

En los últimos años, los estudios sobre el fenómeno megalítico han visto diversificados sus enfoques y puntos de partida. Dentro de las múltiples propuestas que se han venido realizando podemos encontrar por ejemplo las que abordan el análisis de la biografía de estos monumentos. Así, uno de los nuevos temas sugeridos en diversos trabajos (Bradley, 1993; 2002; Holtorf, 1997b; 1998; 2000-2007; Martínón-Torres, 2001a; 2001b; Martínón-Torres y Rodríguez Casal, 2000; Álvarez Vidaurre, 2007) ha sido el de la historia de su percepción a lo largo del tiempo, realizando un recorrido diacrónico por las formas de entender y valorar los monumentos megalíticos a través de diferentes etapas de la historia¹.

Este enfoque se aparta de los que habitualmente han adoptado los estudios sobre megalitismo. Como restos materiales prehistóricos, estos monumentos han sido analizados como tales con las técnicas específicas de la arqueología, intentando responder a los intereses generales de la disciplina, considerada paradigmáticamente como el estudio de *“la historia de las sociedades que no fueron capaces de registrar su propia historia”* (Clark, 1954: 7). En consecuencia, la mayoría de los trabajos centrados en el análisis de este fenómeno se han detenido en la búsqueda del origen, las causas o las circunstancias por las que se construyeron. De esta forma, las diferentes corrientes interpretativas y líneas epistemológicas, se han acercado a diversos aspectos vinculados al fenómeno megalítico, planteando nuevas preguntas e hipótesis sobre el mismo². Desde distintas tendencias explicativas se ha hecho hincapié, por

1. Este artículo constituye parte de la justificación teórica de la tesis doctoral *Historia de la percepción del megalitismo en Navarra y Guipúzcoa: aproximación a una “biografía” de sus monumentos*, defendida en la Universidad de Navarra en Septiembre de 2007.

2. Al referirnos a corrientes interpretativas, hablamos de las teorías generales o ideas genéricas sobre el cambio cultural en Prehistoria, que tienen como consecuencia directa la existencia de diferentes escuelas o corrientes de interpretación de las sociedades, cada una de las cuales predomina en una u otra línea metodológica (Positivismo Clásico, Escuela Histórico-Cultural, Procesualismo, Arqueología Contextual, Arqueología Post-procesual, Materialismo Histórico...). En este sentido, estas teorías generales (evolucionismo, difusionismo, migracionismo, funcionalismo, materialismo dialéctico, materialismo cultural, ecología cultural, estructuralismo...) pueden entenderse como “paradigmas” si aceptamos la definición de Martín de Guzmán (1988: 28): *“realiza-*

ejemplo, en los focos de origen (Mediterráneo Oriental, Portugal, área británica...), en la cronología, en los grupos constructores (colonos *versus* indígenas), en los condicionantes sociales que determinaron su aparición y desarrollo, en las tipologías y evolución formal de las construcciones, en la relación de los monumentos con cambios económicos (economía productora), en su vinculación con el paisaje que los rodea, en su significado simbólico y religioso o en las técnicas constructivas empleadas. En definitiva, su análisis ha sido abordado desde una gran variedad de perspectivas, que enriquecen uno de los fenómenos prehistóricos más estudiados de toda Europa Occidental.

Sin embargo, no podemos obviar que en su mayoría las construcciones megalíticas son monumentos destacados del paisaje, que han permanecido a la vista de cualquiera durante las centurias posteriores a su construcción y uso primario. Así, al margen de haber tenido un origen concreto y un sentido inicial, tanto el fenómeno material en sí –la construcción megalítica–, como su significado, han ido siendo reinterpretados y reciclados con un sentido práctico que va ligado íntimamente a las circunstancias y la mentalidad propias de cada momento histórico. Estas construcciones se convierten en entidades polisémicas y cambiantes. Se trata de elementos que no han pasado desapercibidos, por lo que al igual que ahora nos interrogamos sobre su significado, a lo largo de toda la historia han planteado preguntas a quienes los observaban (Martín-Torres, 2001b: 21). Si a través de los siglos los megalitos han permanecido a la vista de todos, es lógico pensar que han sido interpretados, entendidos y reutilizados de diferentes maneras. Por ello, resulta de interés analizar la evolución en las formas de concebir y valorar el fenómeno megalítico a lo largo del tiempo, partiendo de la consideración de que además de objetos arqueológicos (restos de un momento temporal concreto), los megalitos han experimentado una rica vida posterior, que habitualmente no ha sido abordada por los prehistoriadores³.

Planteamientos de este tipo no surgen de la nada, sino que se enmarcan dentro de los postulados teóricos defendidos recientemente por algunos prehistoriadores y arqueólogos, especialmente del ámbito británico. Elementos inspiradores de esta valoración diacrónica y polisémica de los monumentos pueden ser la teoría de la recepción literaria, el constructivismo aplicado a la realidad o la fenomenología del paisaje, que han dejado fuertes influencias en el discurso teórico de la arqueología de los últimos años.

El creciente interés por nuevos temas como este –hasta ahora no tenidos en cuenta en la investigación–, sólo puede entenderse dentro del contexto epistemológico y de la historiografía predominante a finales del siglo XX y principios del XXI, en lo que se ha venido denominando la “condición postmoderna” (Lyotard, 1984: 10). Así, como paso previo para comprender gran parte de las propuestas de trabajo recientes, es necesario analizar los postulados básicos de las principales corrientes epistemológicas en arqueología. A pesar del tono relativamente denso de este tipo de reflexiones, creemos que merece la pena detenerse en el estu-

ciones científicas universalmente reconocidas y que durante cierto tiempo, época, escuela o movimiento intelectual, son tenidas por válidas y que, a su vez, proporcionan modelos y soluciones a los problemas propios de una determinada comunidad científica”.

3. Este nuevo planteamiento que revaloriza el carácter reinterpretable y dinámico de elementos monumentales como los megalitos se viene denominando en el ámbito anglosajón *life-history* o *reception-history*.

dio de las bases teóricas de nuestra disciplina, elemento imprescindible para entender después la praxis y las inclinaciones e intereses concretos de cada momento histórico o corriente interpretativa.

1. INTERPRETACIÓN EN ARQUEOLOGÍA

¿Es posible *conocer* el pasado? ¿Puede ser reconstruido objetivamente? ¿Existe una *verdad* aprehensible que deriva del estudio de los restos materiales con los que trabaja el prehistoriador? (Lull y Micó, 2001-2002: 23). Tras la consolidación de la disciplina arqueológica en el siglo XX éstas pueden ser algunas de las preguntas-clave del debate epistemológico actual, y han constituido una de las discusiones más fructíferas en el terreno teórico (McGlade, 1999: 5)⁴.

De forma explícita o implícita todo arqueólogo o prehistoriador debe decantarse en su trabajo por dar una respuesta afirmativa o negativa a estas cuestiones, por lo que no parece un tema baladí el interrogarse acerca de la naturaleza del conocimiento arqueológico. De hecho, conviene señalar una apreciación de Vicent (1982: 18): “*todo científico, y por lo tanto, todo prehistoriador, trabaja dentro de un sistema metateórico y conforme a un método*”, aunque muchas veces no se sea consciente de ello (Johnson, 2000: 13). No obstante, y tal como apunta Martínez Navarrete (1989: XIII-XV), gran parte de los prehistoriadores –sobre todo españoles– han tendido hasta hace poco a mirar con suspicacia lo teórico, considerando que se trata de algo meramente especulativo y falto de comprobación. Comparto la opinión de la autora del “*carácter ineludible y vinculante de la teoría sobre la práctica*” (Martínez Navarrete, 1989: XIII)⁵.

Este tipo de discusiones está estrechamente vinculado con cuestiones de índole filosófica y epistemológica, por lo que no debe llamar la atención que las corrientes y paradigmas de la investigación arqueológica sean deudoras de obras esenciales de ese otro carácter, que para el lector profano resultan relativamente complicadas⁶. La importancia de los aspectos

4. Como es sabido, la epistemología es la rama de la filosofía que trata sobre el carácter del conocimiento (lo que lo constituye, cómo se construye, sus límites, su validación...). Podría resumirse diciendo que la epistemología trata de establecer una teoría del conocimiento (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 236). Ya desde el siglo XVII esta especialidad fue alcanzando la máxima importancia dentro de los estudios filosóficos, y así, autores relevantes como Descartes, Nietzsche o Heidegger se centraron en el estudio de este aspecto. Otra consideración que se puede hacer al respecto es la de entenderla como el metalenguaje de la Ciencia, definiendo metalenguaje como un lenguaje en el que podemos hablar acerca de otro lenguaje, en este caso la Ciencia (Martínez Navarrete y Vicent, 1983: 344).

5. Este panorama de “pobreza” en la reflexión epistemológica y teórica de la disciplina ha ido cambiando en la década de los 90 y principios de este siglo, y no resulta ya tan excepcional encontrar obras sobre cuestiones de este tipo. A pesar de todo, el retraso con respecto a otras zonas –sobre todo del ámbito anglosajón, pero también Francia o Italia– ha sido patente.

6. La relación entre filosofía y arqueología ha sido sin embargo bastante estrecha. El interés de los arqueólogos por reflexionar sobre la naturaleza del conocimiento o el carácter de la ciencia ha implicado que sobre todo desde la década de 1950, con los primeros trabajos de la Nueva Arqueología, este tipo de cuestiones fuera cobrando importancia. Dos obras interesantes que profundizan en la influencia de las corrientes filosóficas en la teoría arqueológica son las de Salmon (1982) y Wylie (2002).

teóricos en Prehistoria es relevante, en gran medida porque la adopción de unas u otras concepciones determina tanto el tipo de resultados como los temas de interés y las preguntas que se plantea el investigador (Vicent, 1982: 29)⁷.

De forma sintética se puede afirmar que existen dos posturas antagónicas que se fundamentan en concepciones opuestas de la naturaleza del conocimiento histórico⁸. Así, nos encontramos con dos conceptos diferentes de la investigación prehistórica: el materialista-racionalista y el idealista (Hodder, 1988: 32). El primero de ellos considera que sólo puede denominarse “ciencia” aquella disciplina que recurre a leyes en la investigación (leyes nomotético-deductivas, probabilísticas o históricas). Tal como señalan Watson, Leblanc y Redman (1974: 12), los filósofos de la ciencia encuadrados en el positivismo lógico defendido por los autores, consideran en estos términos la “explicación”: significa demostrar que el caso particular que se desea explicar es un ejemplo de las relaciones generales descritas en una ley ya establecida. Así, los arqueólogos pueden ayudar a “*formular y contrastar leyes hipotéticas del comportamiento humano y cultural*” (Watson, Leblanc y Redman, 1974: 18). Frente a ello, la postura idealista defiende la ausencia de determinaciones y regularidades en el comportamiento humano. Como consecuencia, se duda de la posibilidad de comprender el pasado como un proceso racional e inteligible (Martínez Navarrete, 1989: 7). A pesar de que dentro de las corrientes materialistas-racionalistas se engloban diferentes escuelas o paradigmas teóricos (positivismo, materialismo histórico...) nos centraremos de forma especial en los rasgos del funcionalismo, ya que constituye la línea más importante dentro de la investigación arqueológica (ejemplificada por la Nueva Arqueología), de la misma manera que al hablar de las posturas idealistas fijaremos especialmente la atención en las teorías constructivistas⁹.

2. POSTURAS MATERIALISTAS Y RACIONALISTAS

En la investigación prehistórica, la opción racionalista se ha plasmado esencialmente en un modelo empirista de ciencia ligado al positivismo clásico¹⁰. Así, será “científico” lo que

7. Recientemente, en el prólogo a la segunda edición de su obra clásica *A history of archaeological thought*, Trigger apunta en la misma dirección al señalar: “*what archaeologist believe influences not only the questions they ask but also the answers they find acceptable*” (Trigger, 2006: XV).

8. Una de las polémicas más notables que ha existido dentro de la disciplina histórica en general y de la Prehistoria en particular, es la que hace referencia a su carácter de ciencia, defendido por algunos y denostado por otros. Podemos entender ciencia “*como una forma discursiva de conocimiento, es decir, un tipo de lenguaje. Lo que diferencia a este lenguaje de los demás (...) es no sólo su referencia inmediata a la realidad (...) sino la posibilidad de adoptar decisiones terminantes sobre la verdad o falsedad de cualquier expresión formulada en él*” (Vicent, 1985: 62, el subrayado es mío).

9. Somos conscientes de que estamos tratando de forma marginal una gran parte de corrientes teóricas de gran peso, pero justificamos esta opción aduciendo que hemos tratado de reflejar de forma resumida las principales características de dos de estos paradigmas destacados.

10. El empirismo inicial, enunciado por autores como Hume y Locke a finales del XVII y principios del XVIII defendería que todo el conocimiento deriva de los sentidos y que la mente no juega ningún papel en su formación (Hume, 1980; Locke, 1963). La famosa idea de la mente como una pizarra en blanco en la que se van escribiendo los conocimientos que nos llegan a través de los sentidos, será modificada más adelante gracias a ciertas ideas racionalistas, especialmente inspiradas por Kant, dando lugar a un “empirismo matizado” que con-

pueda ser verificado empíricamente y referido a fenómenos observables. Tal y como señala Vicent (1982: 22-23) esto puede conducir a un reduccionismo que se centra casi únicamente en el estudio de la cultura material (lo observable directamente)¹¹. Para esta corriente, que engloba tendencias disciplinares distintas, el registro material tiene una correspondencia directa con la realidad del pasado, que por lo tanto es cognoscible (Binford, 1998: 24)¹². De esta manera, según estos postulados epistemológicos existiría un mundo *real* que puede ser conocido. El comportamiento empíricamente observable de ese mundo real sigue cierto orden que es posible predecir y explicar por medio de la observación, formulación de hipótesis y contrastación de las mismas para enunciar leyes generales (Watson, Leblanc y Redman, 1974: 26). La metodología de las ciencias sociales, que tiene por objeto el estudio de la dinámica social, no puede ser extrapolada a la investigación prehistórica, pues tal como señalará Binford (1998: 25): “*Los arqueólogos (...) no observan hechos sociales; observan hechos materiales (...) y por tanto, los procedimientos de las ciencias sociales en la práctica son inapropiados para la arqueología*”. Por eso, la alternativa de las corrientes neopositivistas (entre ellas el funcionalismo o el procesualismo) es adoptar los métodos de las ciencias naturales (Binford, 1998: 26). En su formulación más extrema (la *línea Ley y Orden*), la Nueva Arqueología tomó como base las premisas hipotético-deductivas de Hempel (1984)¹³. La explicación científica consistirá en la reducción de los fenómenos a leyes generales, de manera que la función del prehistoriador será buscar esos modelos explicativos que nos capaciten para interpretar el registro arqueológico.

Puestas así las cosas, ¿cuál es la posibilidad que tenemos de comprensión del pasado de una forma racional e inteligible? La respuesta dependerá de la distinta importancia que cada una de estas posturas antagónicas (racionalismo/relativismo) atribuya a la regularidad y determinación del comportamiento humano (Khol, 1985: 115, citado por Martínez Navarrete). Las tendencias materialistas y empiristas creen que existe esa posibilidad de explicar y comprender el pasado en la medida en que está regido por leyes y debido a que el registro material refleja el comportamiento de los hombres del pasado. Frente a ellas, la postura relativista niega que haya un criterio de racionalidad universal y ahistórico por el cual una teoría o explicación se pueda juzgar mejor que otra (Chalmers, 1988: 144-145), lo que ha tenido una gran importancia para el desarrollo de ciertas temas de investigación recientes como el ya citado de la historia de la percepción de los megalitos.

sidera que por medio de la inducción es posible alcanzar un conocimiento general a partir de los datos sensoriales particulares (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 236).

11. Este tipo de consideraciones hunde sus raíces en una afianzada premisa todavía muy difundida hoy en día; la de que las Ciencias Naturales, en oposición a las Humanas, son el único género de pensamiento científico posible (Vicent, 1982: 30; Shanks y Tilley, 1992: 31).

12. Aunque los seres humanos del pasado hayan desaparecido, los modelos de su comportamiento pueden ser investigados por medio del método hipotético-deductivo, ya que los restos arqueológicos y sus interrelaciones espaciales son registros que pueden ser observados empíricamente (Watson, Leblanc y Redman, 1974: 43).

13. La “línea dura” de los postulados procesuales la constituyeron en origen autores como Fritz y Plog (1970) o Watson, Leblanc y Redman (1974), que defendían una cientifización rigurosa de la arqueología por medio de la traslación directa del método hipotético-deductivo a la disciplina (Watson, Leblanc y Redman, 1974: 27). En la práctica muchas veces no se siguieron estas rígidas prescripciones teóricas (Martínez Navarrete, 1985: 5), e incluso otros autores encuadrados en la Nueva Arqueología, como Binford, señalaron las limitaciones de esta visión extrema de la validez de las teorías hempelianas (Binford, 1998: 18).

Si para la arqueología decimonónica, nacida al amparo de la geología y de las ciencias naturales, el acceso a la verdad era posible por medio de la descripción y clasificación de los objetos materiales, la progresiva consolidación de la disciplina a lo largo de la primera mitad del siglo XX supuso una confianza cada vez más arraigada en la fiabilidad de la reconstrucción del pasado. Esta certidumbre está perfectamente ejemplificada en los postulados básicos de la Nueva Arqueología, que aspiraba a integrar la Arqueología Prehistórica dentro de las “Ciencias” (aplicación del método hipotético-deductivo, arqueología vinculada a la Antropología y con la finalidad esencial de enunciar leyes generales, empleo de la Teoría General de Sistemas, sistemas de clasificación o taxonomías objetivas, técnicas de investigación más científicas: estadística, probabilidad...) ¹⁴.

Subyacente en esta visión está la idea de que la realidad existe o ha existido (que *está* o *ha estado*). Tal como señala Lull (1988: 72), se trata de una actitud realista y materialista. Al hablar de realismo estamos haciendo referencia a que se considera que los mecanismos de funcionamiento de la realidad –la causalidad, por ejemplo– pueden ser identificados en los eventos o contingencias específicos por medio de la abstracción científica (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 244). En cuanto al carácter materialista de la disciplina, Binford lo expresa así: “*Los arqueólogos inician su investigación con los objetos materiales y es natural que adopten puntos de vista materialistas: a menudo, avanzan argumentos de naturaleza pragmática en contextos donde son mucho más corrientes los argumentos de tipo psicológico, y creo que pueden ser útiles aunque sólo sea porque proporcionan una base concreta a ciertos debates de largo alcance*” (Binford, 1998: 34). De este punto de partida se deriva la posibilidad de observar, medir, experimentar y explicar los restos del pasado, esos restos materiales que además de su carácter artefactual son reflejo de una actividad y voluntad humana que también es posible conocer (Sanctis y Finis, 1988: 83-84). Para la arqueología funcionalista y procesual la variabilidad arqueológica puede explicarse en términos de adaptación (la cultura y sus cambios como sistema de regulación de las tensiones externas), y su objetivo es establecer las leyes generales que han regido el proceso. Por tanto, el pasado –ese pasado que existió como realidad ontológica–, puede reconstruirse y explicarse con métodos fiables (Lull y Micó, 1998: 67). Así, todos los elementos de la cultura están sujetos a leyes y por ello pueden ser entendidos científicamente (Klejn, 1977: 25) ¹⁵.

14. No nos detendremos aquí en un tema tan amplio como el de los postulados e ideas de la Nueva Arqueología, ya que sobrepasaríamos con mucho los límites aconsejados. Para examinar con más detalle las propuestas de esta corriente podemos citar algunas de las obras “clásicas” de la línea procesual: Binford (1962, 1965, 1987, 1998), Binford y Binford (1968) o Renfrew (1969, 1973, 1983). También resulta muy ilustrativa la entrevista realizada por Sanctis y Finis a Colin Renfrew, publicada en 1988 en la *Revista de Occidente* (Sanctis y Finis, 1988: 77-96). En cuanto a las fuentes de inspiración de esta corriente, destacan obras como las de los antropólogos culturales Leslie White (1949), Julian Steward (1955) o Walter Taylor (1948).

15. Según Hodder, Shanks *et alii* (1995: 244), muchos arqueólogos consideran que el único método válido para alcanzar la objetividad es el método científico, entendido como un proceso de evaluación crítica de hipótesis generales, validadas por medio de observaciones particulares, que permitan corroborar o refutar la hipótesis original. No obstante, la validez del método hipotético-deductivo en las Ciencias Sociales ha sido fuertemente discutido a partir de los años 80, incluso por las líneas menos radicales de la Nueva Arqueología (sobre todo en lo que se refiere a su pretendida objetividad). Se señalan al respecto las interdependencias y determinaciones entre el tipo de validaciones o la selección de datos y las asunciones teóricas previas del investigador, influidas por el contexto nacional, histórico y social del propio autor y por la situación concreta de la investigación arqueológica en ese momento y lugar (Khol, 1985: 108).

La conocida “escala de conocimiento” establecida por Hawkes (1954: 7) o Clark (1965: 18-20) a mediados del siglo XX, según la cual es posible acercarse a tres aspectos de las sociedades del pasado con distinto grado de dificultad (ámbito económico-tecnológico, ámbito social, ámbito ideológico), es superada por los arqueólogos procesuales. Para muchos de ellos la sociedad sigue estando estructurada en tres subsistemas, determinados por la adaptación al medio o a la competencia de otros sistemas culturales, pero a diferencia del postulado anterior se considera que los objetos materiales reflejan de forma simultánea esos tres subsistemas (Lull y Micó, 1998: 68). Por eso, del estudio de los materiales recuperados debe ser posible extraer una imagen comprensible, global y objetiva de las sociedades antiguas. Para ello se recurre a distintos procedimientos que permitan estudiar los nexos entre la realidad material y los comportamientos de los que debieron derivar: Arqueología Experimental, Etnoarqueología, creación de modelos hipotéticos por analogías, análisis factorial... (Binford, 1998: 28-29). La concepción sistémica de la cultura en esta corriente permite el optimismo respecto a la posibilidad de acceder a un conocimiento del pasado. El registro arqueológico –la “cultura material”– representa la estructura del sistema cultural total (Binford, 1962: 217).

Tal como señala acertadamente Martínez Navarrete (1989: 44), el nudo gordiano de la científicidad de la Prehistoria lo constituye la peculiar naturaleza del registro arqueológico. Los hechos históricos (acontecimientos pasados) jamás podrán ser observados *directamente* por el arqueólogo, que sólo puede acceder a *datos contemporáneos* (representaciones de hechos) generados por él mismo en la observación del registro material. Si las líneas postprocesuales, consideran que lo que estudiamos no es un registro arqueológico dado, sino que procedemos a organizar los restos del pasado en categorías mentales significativas (Johnson, 2000: 25, 29), Binford propone la alternativa que permite salvar la discontinuidad entre pasado y presente. Ésta se basa en la abstracción de categorías generales que se usarán después como premisas en deducciones razonadas sobre los restos arqueológicos (Binford, 1987: 399). Las corrientes objetivistas o materialistas consideran que es posible el conocimiento del pasado porque “*el mundo externo existe por derecho propio, e incluye las propiedades del registro arqueológico*” (Binford, 1987: 403). La cultura, a diferencia de lo que creerán los relativistas, no es una construcción mental, sino una realidad ontológica regida por leyes inherentes a la realidad.

En el fondo, lo que late en estas dos corrientes opuestas es una dicotomía radical de su idea de realidad. El término ontología, en su acepción general, alude a la rama de la filosofía que trata sobre lo que existe. Para las posturas materialistas la realidad existe o es verdad independientemente de la existencia o creencia humana (Hobsbawm, 1997: VIII). Se opone así al subjetivismo o relativismo, que considera que conocimiento y verdad no son independientes (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 240). En general el debate entre la línea procesual y postprocesual en Prehistoria se ha polarizado en este aspecto, que opone objetivismo y subjetivismo como posturas irreconciliables.

3. POSTURAS IDEALISTAS

La “arqueología postprocesual” –etiqueta que engloba una gran variedad de corrientes interpretativas consideradas relativistas–, ha sido tradicionalmente la abanderada de la crítica contra el procesualismo, pero no debemos olvidar que otras orientaciones, alguna de ellas in-

cluso de carácter materialista-racionalista como el materialismo histórico, también han rechazado muchos de los postulados de la Nueva Arqueología¹⁶. Pasaremos ahora a describir brevemente algunas de esas críticas a los conceptos funcionalistas de cultura, cambio y Prehistoria, centrándonos en ciertas propuestas del denominado postprocesualismo.

Conviene destacar que las ideas postprocesuales surgen en un contexto muy concreto, marcadas en gran medida por planteamientos filosóficos ligados al postmodernismo y el giro lingüístico¹⁷. No vamos a profundizar en lo que esto supuso para la investigación histórica en general o la arqueológica en particular, pero podemos remitir a una serie de obras que analizan de forma detallada estos asuntos, como pueden ser las de Anderson (1998), Aurell (2005: 113-130), Clark (2004), Hodder (1991a), Jameson (1998), Olábarri y Caspistegui (1996), Quevedo (2001), Spiegel (1995; 2005) o Taylor y Winquist (2001).

Entre las ideas postmodernas más influyentes en la teoría arqueológica se encuentra la del rechazo del esencialismo –que conduce a negar la existencia de un mundo real cognoscible (Derrida, 1989a; 1989b; 2003)–, así como la pérdida de confianza en el método científico, auspiciada por autores como Heidegger, Nietzsche, Derrida o Foucault (Aurell, 2005: 123)¹⁸. Asimismo, el saber científico se considera una clase más de discurso, un *texto construido* que no resulta único, ya que se enfrenta a otro tipo de saberes que siempre han existido al margen de él (Lyotard, 1984: 14, 23, 46). Para los críticos de la modernidad, el mundo es considerado una mera apariencia, un conjunto de significados inestables que son *interpretados* por los seres humanos. Llevar al extremo este tipo de ideas puede conducir a no establecer ninguna distinción entre historia y literatura o entre realidad y ficción (Aurell, 2005: 127), como más adelante veremos al detenernos en las premisas del constructivismo radical. No obstante, gracias a la generalización de este tipo de ideas (realidad entendida como texto, posibilidad de reinterpretaciones, inexistencia de una única verdad...), nuevos temas como el que hemos mencionado al principio están empezando a ser tenido en cuenta por diferentes investigadores europeos.

Al margen de las novedades introducidas por el pensamiento postmoderno, en la arqueología postprocesual encontramos otro tipo de influencias. Tal como señalan Lull y Micó

16. A pesar de que una de las “normas” tradicionales de la lingüística desaconseja la elaboración de definiciones negativas, si nos fijamos en el caso de la Prehistoria veremos abundantes ejemplos de esta costumbre de definir algo “por lo que no es”. El término “arqueología postprocesual” presenta este mismo defecto, de manera que resulta sumamente difícil establecer sus características y postulados, debido a su diversidad interna y sobre todo a que lo único que queda más o menos claro es aquello a lo que se opone: la arqueología procesual (Lull y Micó, 2001-2002: 22).

17. La condición postmoderna ha sido definida por Lyotard como una “*incredulidad con respecto a los metarrelatos*” (Lyotard, 1984: 10), característica de las sociedades capitalistas occidentales. Se entiende metanarrativa o metarrelato como un discurso serio que se considera en posesión de una verdad absoluta (Johnson, 2000: 201). En las ciencias humanas, el postmodernismo se ha caracterizado por la aplicación de métodos “deconstructivos” de la realidad que tratan de interpretar las múltiples relaciones entre cultura, clase o género y sus efectos en la producción cultural y las lecturas unívocas de la misma (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 241).

18. El esencialismo considera que las cosas tienen una esencia que permite identificarlas como las cosas particulares que son. En arqueología por ejemplo, esto conlleva la premisa de que la sociedad misma, o los distintos tipos de sociedad, tienen una “esencia” que se expresa o refleja en el registro material que el arqueólogo observa (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 236).

(2001-2002: 23) algunas de estas cuestiones ya habían sido planteadas anteriormente –por el marxismo o el estructuralismo–, aunque los autores postprocesuales destacan por su eclecticismo y por la aglutinación de ideas procedentes de muy diversas escuelas. Tal vez el mejor calificativo para acompañar la gran variedad de enfoques postprocesuales sea el de “idealista”, entendiendo el mismo como la creencia en que pensamientos e ideas son más importantes que el mundo material (Johnson, 2000: 119).

Algunas de las vías por las que el idealismo ha dejado su marca en las líneas postprocesuales son tanto el estructuralismo como las críticas posteriores a sus postulados, que tendrán una influencia importante en esta corriente de interpretación arqueológica. El estructuralismo como teoría cultural de cierta relevancia en el ámbito de los trabajos prehistóricos se da a partir de la década de 1980, y tiene su origen en la investigación lingüística ejemplificada en la obra de Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique general* (1916). El autor suizo abandona en ella el tradicional acercamiento histórico al lenguaje y señala uno de los principios que más fortuna alcanzará en la lingüística moderna: la diferenciación entre lengua (estructura de un idioma) y habla (realización práctica e individual de esa lengua) (Saussure, 1983: 78)¹⁹. El lenguaje será considerado como un sistema de signos organizado mediante una serie de reglas ocultas, que funcionará a su vez como un sistema de comunicación *social* (Aurell, 2005: 121; Johnson, 2000: 122). Lo importante ya no será analizar el origen de una lengua (estudio diacrónico), sino su estructura sincrónica, dejando de lado el significado de la palabra y deteniéndose en los patrones por medio de los cuales se forma el lenguaje (su estructura). Se definirá la lengua como una determinada parte del lenguaje, un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de la facultad del lenguaje en los individuos (Saussure, 1983: 74). Los signos no existen en sí, sino en virtud de su oposición a otros signos. La lengua, por tanto, es mera forma. El estructuralismo también distingue dos elementos dentro del signo: el significante –por ejemplo la palabra, vinculado a la lengua–, y el significado –aquello a lo que el signo está haciendo referencia, relacionado con el habla–. El énfasis se pone en el sistema de signos y en sus diferencias, más que en los signos individuales²⁰.

Tomando como punto de partida las ideas de Saussure, la Escuela de Praga desarrolló desde 1920 ciertas ideas importantes sobre la naturaleza del lenguaje (Troubetzkoy, 1973; Jakobson, 1975; Jakobson y Halle, 1974), que tendrán gran relevancia en la adopción posterior de las tesis estructuralistas por parte de otras disciplinas. Para esta línea, el lenguaje puede definirse como un sistema de signos abstractos, que debe estudiarse en *cada* cultura. Los análisis etnolingüísticos alcanzan su gran apogeo, partiendo de la premisa de que cultura es todo aquello que una sociedad hace, incluido el pensamiento y el lenguaje, que son construcciones sociales. Estas ideas tendrán su influencia también en otros ámbitos, como la sociología del conocimiento, en la que se adoptan las tesis sobre la realidad como construcción

19. A pesar de que la obra apareció en 1916, las referencias del texto se han tomado de la edición de 1983.

20. La norma básica adoptada por la lingüística moderna es la de la arbitrariedad de los signos, considerados como un elemento convencional en el cual no existe una relación necesaria entre significante y significado (Hodder, 1988: 52). Por eso, el análisis estructuralista se centrará en la forma, no en el contenido. Este tipo de enfoque será adoptado por ciertos arqueólogos, que aplicarán estos análisis formales a elementos como la decoración cerámica (por ejemplo: Washburn, 1983) o la estructura de los asentamientos.

social²¹. El lenguaje marca las coordenadas de la vida en la sociedad y llena esa vida de objetos significativos. El lenguaje nos revela lo que una sociedad piensa de sí misma y de la realidad²². En resumen, y atendiendo al aspecto que tendrá más importancia para las corrientes postprocesuales en arqueología, la construcción conceptual de la realidad dependerá de las normas del lenguaje. El mundo no existirá como realidad ontológica, sino como construcción mental expresada mediante el habla (Hodder, 1988: 73). Este paralelismo entre pensamiento y lenguaje será una de las constantes de las corrientes postprocesuales y alcanzará gran relevancia en los últimos años.

El estructuralismo, nacido como corriente lingüística, se convirtió a mediados del siglo XX en una tendencia general de las ciencias sociales (psicología, semiótica, filosofía, antropología...), que tomaron como punto de partida la idea de que todas las categorías individuales de la actividad humana representan un sistema de comunicación. Cada acto individual pasa así a relacionarse con la estructura del pensamiento general (Hodder, 1988: 73). Por tanto, la cultura estará regida por reglas análogas a las que rigen el lenguaje (Johnson, 2000: 235). La técnica estructuralista propuesta por Saussure se aplicará a distintos ámbitos. Así, se tratarán de buscar los elementos de clasificación más simples –sobre todo las relaciones de oposición–, y reducir la estructura del fenómeno a un análisis de esos elementos básicos. Se parte de la idea de que cualquier sistema, por complejo que sea, puede ser explicado por medio de oposiciones binarias²³. Todo sistema social consta según esto de una serie de oposiciones significativas, que son las que hay que identificar²⁴.

No obstante, la influencia de las ideas estructuralistas en la investigación prehistórica se refleja principalmente en la transformación en el modo de entender la cultura. Las diferentes corrientes postprocesuales han criticado del enfoque procesualista su reduccionismo ambiental, las relaciones simplistas hombre-naturaleza o el desprecio de factores no económicos, proponiendo como alternativas la necesidad de “leer” elementos como por ejemplo el paisaje en términos de percepción, de forma cognitiva y simbólica. A partir de este momento, y en oposición a la visión funcional y adaptativa que tenía para la Nueva Arqueología, la cultura pasa a ser considerada por muchos autores como un sistema de comunicación, un lenguaje de signos específicos (Lull y Micó, 2001-2002: 23). En palabras de Hodder: “*la cultura material es como un texto que hay que leer*” (Hodder, 1987: 18). Si para la lingüística estructuralista la forma de explicar las diferentes formas del lenguaje era comprender las reglas ocultas (cognitivas) responsables de su estructura, ciertos arqueólogos empezaron a considerar que los objetos del registro material constituían una forma más de expresión cultural. Por tanto, para explicar una cultura se hacía preciso desvelar las reglas que generan determinadas formas

21. Se puede tomar como un buen ejemplo de constructivismo social la obra de Berger y Luckmann (1972) editada por primera vez en 1966. En ella se aprecian ideas tomadas del historicismo de Dilthey (1966), de Mannheim (1957; 1958; 1963), Schutz (1993) o Weber (1984).

22. En su visión más radical, el deconstruccionismo de Derrida (2003) considera que el lenguaje es un sistema arbitrario de codificación, que es preciso deconstruir (o descodificar) para conseguir explicarlo.

23. No conviene olvidar que esa reducción a oposiciones binarias es la base de toda la computación informática actual, por lo que la influencia del modelo estructuralista queda bien patente en este ejemplo.

24. André Leroi-Gourhan (1964; 1965) puede considerarse como el máximo representante de los postulados estructuralistas en el estudio de la Prehistoria, y aplicará el método de oposiciones, ya utilizado por Levi-Strauss en sus análisis antropológicos sobre el mito (1958; 1962).

culturales (Johnson, 2000: 123). Si para los funcionalistas la cultura es un medio de adaptación, la influencia estructuralista hace que se ponga el énfasis en el *carácter significativo* de la misma: la cultura como forma de expresión, como sistema cognitivo de significados. Tal vez la consecuencia más importante para las corrientes postprocesualistas sea la de considerar la cultura material como un texto, entendiéndolo como un conjunto estructurado de diferencias que los individuos se encargan de leer y *reescribir* continuamente (Lull y Micó, 2001-2002: 24). Esa posibilidad de reinterpretación constante es la que más nos interesa a la hora de explicar el relativo auge de investigaciones como las que dejan la puerta abierta a un estudio diacrónico de las sucesivas maneras de entender monumentos tan visibles como los megalitos, sujetos a lo largo del tiempo –como un texto– a reescrituras y variación de funciones y significados.

El carácter textual y polisémico de la realidad puede rastrearse inicialmente en la investigación británica, plasmada desde principios de la década de 1980 en obras como las de Ian Hodder (1982a, 1982b, 1987, 1988, 2001) o Shanks y Tilley (1988, 1992)²⁵. Las principales críticas de estos autores hacia la Nueva Arqueología comienzan por su rechazo a la pretendida objetividad científica que preconizaban los procesualistas (Hodder, 1984; 1987; Shanks y Hodder, 1995: 3-4)²⁶. Se señala la inadecuación del método positivista para las ciencias humanas, yendo incluso más lejos al afirmar que el positivismo no es más que el producto de una cultura concreta –el capitalismo industrializado de la segunda mitad del siglo XX–, y no una doctrina científica objetiva. De la misma manera se considera que el registro arqueológico tampoco es objetivo, sino que se trata de un conjunto estructurado en relación a la construcción social de la realidad y a las estrategias sociales e ideológicas de interés y de poder (Shanks y Tilley, 1992: 49, 63)²⁷. Por tanto, a pesar de que el positivismo pueda ser un modelo científico válido, tal vez no sirva para describir y estudiar culturas diferentes a la nuestra y con otros patrones de racionalidad. También se rechaza la idea sistémica de cultura. En este sentido, la postura de Hodder resulta ejemplificadora: “*la cultura no son los medios ex-*

25. En origen estas críticas postprocesuales de Hodder, Shanks o Tilley se englobaron en la denominada Teoría Crítica, que bebía de los movimientos intelectuales postmodernistas. No obstante, en los últimos años se han generalizado una serie de “etiquetas” diferentes para caracterizar a estas nuevas tendencias relativistas en Arqueología. Así, podemos encontrar referencias a una Arqueología contextual (Hodder, 1987; 1988), Arqueología Interpretativa (Tilley, 1993; Hodder, Shanks *et alii*, 1995; Thomas, 2000; Shanks y Tilley, 1992) o al Constructivismo (Holtorf, 2000-2007).

26. Este rechazo de la objetividad del conocimiento científico se aprecia tanto en las obras teóricas de arqueología como en las de historia, en las que desde la década de 1970 se estaba poniendo en duda la creencia tradicional de que una investigación racional permitía obtener un conocimiento verdadero y objetivo del pasado (Aurell, 2005: 12; 2005: 35).

27. Autores como Foucault, Derrida, Nietzsche o Heidegger habían considerado ya que la defensa de una pretendida objetividad en la interpretación histórica era simplemente el fundamento de las bases de poder desde la Ilustración (Aurell, 2005: 123). En este sentido queremos señalar que en las últimas décadas del siglo XX se considera de manera general que la ciencia histórica no consigue realizar una reproducción pura y simple del pasado, sino que elabora un mundo inteligible desde el presente (Aron, 1961: 10). En palabras de Nietzsche: “*La historia expresa un diálogo del presente y del pasado en el que el presente toma y guarda la iniciativa*” (Aron, 1961: 9), de manera que tal como señalaba Weber, retenemos del pasado aquello que nos interesa. La selección histórica está dirigida por las cuestiones que el presente plantea, de forma que varía según el tiempo y el lugar. Cada sociedad tiene su historia y la re-escibe a medida que ella misma cambia. Otro filósofo tan relevante como Gadamer (1993: 225) también resalta la historicidad del conocimiento.

trasomáticos de adaptación (definición señalada por Binford, 1964: 425), *sino que está constituida significativamente. Las acciones del hombre y su adaptación inteligente tienen que ser comprendidas en su especificidad histórica y contextual, y tiene que explicarse el carácter único de las formas culturales*” (Hodder, 1982b: 13). Se reivindica así el papel activo que la ideología y los símbolos juegan en la configuración del pasado, rechazando el determinismo ecológico-economicista de la Nueva Arqueología. El denominado giro lingüístico, esencial para comprender los postulados postmodernistas y postprocesualistas, se basa en la creencia de que el lenguaje consiste en una realidad autónoma que nos permite hacer inteligible el mundo y construirlo según unas reglas de significado (Spiegel, 1997: 5).

Tal vez la diferencia crucial entre las corrientes materialistas y las idealistas consista en su consideración de la posibilidad de conocimiento de la realidad del pasado, que las líneas postprocesuales no conciben como algo dado sino como una construcción mental y social (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 233; Shanks y Tilley, 1992: 7). El historiador o prehistoriador *construye* una imagen del pasado, al que resulta imposible acceder directamente porque ya no existe. Los arqueólogos, en palabras de Shanks y Tilley (1992: 7), *“producen un pasado en el presente (...) realizan una práctica social que no puede escapar del presente”*²⁸. Del pasado sólo quedan ciertos restos materiales, que se organizan de forma significativa en la actualidad y en un contexto determinado (Johnson, 2000: 64; Lull y Micó, 2001-2002: 23; Holtorf, 2005b: 549). Por tanto, la interpretación en arqueología no puede ser de carácter científico sino de tipo hermenéutico. Es decir, debe tratar sobre ideas y significados, en la medida en que el comportamiento humano es *siempre* intencionado (Johnson, 2000: 65; Lull y Micó, 2001-2002: 27). La cultura material del pasado, tal como señalábamos antes, pasa a ser entendida como un texto, que debe ser leído e *interpretado* por el arqueólogo (Shanks y Hodder, 1995: 17; Shanks y Tilley, 1992). Si la realidad no existe como tal y es construida continuamente por parte de los individuos, no existe de forma objetiva y única, sino que puede estar sujeta a múltiples lecturas (Lull y Micó, 2001-2002: 24; Hodder, 1991a: 69-70), al margen de que está abierta también a manipulaciones conscientes o inconscientes de su significado (Johnson, 2000: 139)²⁹. A diferencia de la confianza procesual en la posibilidad de una explicación del funcionamiento de la realidad del pasado, ya no existiría forma alguna de contrastar de manera práctica ningún tipo de interpretación sobre la misma (Johnson, 2000: 129)³⁰. Así, no

28. De forma muy parecida se expresa Jorge (1987: 7) cuando apunta que *“el pasado es una construcción de cada presente: producto de nuestros interrogantes y de nuestras técnicas de investigación, resultado de una escuela, de un proyecto”*.

29. En la consideración de la cultura material como un sistema de comunicación simbólico, relacionado además con las estrategias de construcción social y de poder, han influido en gran manera obras nacidas del estructuralismo, como por ejemplo la de Max Weber (1984), Roland Barthes (1990) o Edmund Leach (1989). En cuanto a la posibilidad de “manipulación” de esa construcción del pasado, destaca la importancia otorgada por los autores postprocesualistas a la consideración de que grupos de poder e individuos utilizan la cultura para favorecer o mantener desigualdades sociales, políticas o económicas (Lull y Micó, 2001-2002: 26). Esta relación indisoluble entre conocimiento y poder arranca de la obra de Foucault, y tendrá una gran influencia en la investigación histórica (Eley, 2005).

30. Se señala que en la práctica no es posible desarrollar una comprobación que satisfaga los criterios positivistas, y que en definitiva no hay manera de confrontar la teoría con los datos (porque esos datos no son objetivos, siempre se ven a través de las determinaciones de la teoría). El peligro latente que deriva de esta consideración es el de caer en un total relativismo, según el cual cualquier tipo de interpretación del pasado tiene el mismo valor y fiabilidad (Holtorf, 1997a: 80; 2000-2007).

existe una versión o explicación *definitiva* o *verdadera* del registro o del pasado. La subjetividad de la interpretación sería consustancial a la disciplina arqueológica porque se *crea* el pasado desde el presente (Tilley, 1991b: 192). Por tanto, el investigador estará determinado por su marco teórico previo, su formación, el contexto histórico, la situación de la disciplina en ese momento, etc. (Alday, Ortiz de Urbina y Sáenz de Buruaga, 1993: 19; Holtorf, 2005b: 549). Así pues, una de las aportaciones más novedosas del postprocesualismo consiste en dejar abierta la puerta a explicaciones alternativas e incluso opuestas, a pesar del riesgo de relativismo extremo que esto implica³¹. Junto a ello, destaca por haber puesto en la palestra la pretendida neutralidad del conocimiento histórico, animando interesantes debates sobre la vinculación de los propios arqueólogos con la situación política e histórica en la que viven y la posibilidad de manipulación legitimadora del pasado. En este sentido son muchas las obras recientes que abordan este tipo de cuestiones, pudiendo citar como ejemplos las de Kristiansen (1993), Atkinson *et alii* (1996), Graves-Brown, Jones y Gamble (1996), Bender (2002), Criado (1989), Díaz-Andreu y Mora (1995), Hernando (2002) o Navarro Mederos (2002).

Frente al protagonismo dado por la Nueva Arqueología a los procesos adaptativos, el postprocesualismo revaloriza el papel del individuo como elemento activo y reflexivo del proceso cultural (Lull y Micó, 2001-2002: 25)³². El modelo más relevante de ciencia no positivista adoptado en la teoría arqueológica es el constructivismo, que defiende como premisa principal que el conocimiento es una construcción o elaboración social (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 233)³³. Para muchos arqueólogos postprocesuales la realidad del pasado está siempre abierta a la reinterpretación. Si no existe un único “pasado real”, la labor del investigador debe consistir en ejercer de puente entre el pasado y el presente, trabajando sobre los restos del pasado para producir conocimientos relevantes y justificables según los intereses y el contexto contemporáneos (Hodder, Shanks *et alii*, 1995: 244)³⁴. El arqueólogo debe “*leer el texto material y redactar textos sobre el pasado desde su particular posición subjetiva en el horizonte de la época que le toca vivir*” (Lull y Micó, 2001-2002: 25). Según esto, el calificativo que mejor define la labor de investigación arqueológica es el de *interpretativa*, entendiendo que los restos del pasado requieren inevitablemente que se les otorgue un sentido, una traducción desde la situación actual (Thomas, 1996: 17; Gadamer, 1993: 43; Tilley, 1993: 6).

31. Ante la disyuntiva de establecer criterios de validez de las distintas interpretaciones, algunos autores postprocesuales han intentado marcar una serie de límites, ciertamente discutibles, que eviten el “todo vale”. Entre ellos destacan aspectos como la cantidad de datos disponibles (cuanto mayor sea, más posibilidad de obtener una interpretación correcta del significado) (Hodder, 1988: 169-170), o la coherencia interna de las propuestas así como la existente entre ellas y el mundo personal del arqueólogo (Hodder, 1988: 119). Frente a estas posturas más “conservadoras”, corrientes como el constructivismo radical apelan a un relativismo mucho más marcado, que considera que la característica básica del pasado es su multiplicidad interpretativa y la incapacidad de determinar qué explicaciones son válidas y cuáles no, por lo que todas merecen igual consideración.

32. En este tipo de cuestiones es preciso destacar la influencia de autores como Giddens (1977, 1979, 1998) o Bourdieu (1997, 2000), que señalan la relación recíproca entre las reglas de la estructura social y la libertad de modificación de los individuos. Existe también paralelismo con la teoría de la recepción literaria y el protagonismo que ésta otorga al lector.

33. Como señalamos antes, una de las ideas más difundidas por el postmodernismo es la de que la realidad se construye socialmente (Berger y Luckmann, 1972: 13). El interés sociológico en materia de realidad y conocimiento se justifica inicialmente por el hecho de su relatividad social.

34. En este sentido, y tal como señala Eley (2005: 45): “*history is not the archival reconstruction of what happened but the continuous contest over how the past is approached and invoked*”.

Frente a las leyes asépticas y objetivas de la Nueva Arqueología, se augura que es imposible separar el pasado y el presente en las interpretaciones arqueológicas. Tal como señala Holtorf, –buen ejemplo de los enfoques constructivistas en arqueología–, “*the aim of archaeological interpretation is not to produce ‘true’ statements about the past, but to evoke intelligibility of the past and its remains in the present*” (Holtorf, 2000-2007)³⁵.

Como apuntábamos antes, el mayor peligro de las tesis postprocesualistas es el de caer en el relativismo (Lull y Micó, 2001-2002), que llevado a sus últimas consecuencias considera que no existe ninguna posibilidad de alcanzar un conocimiento objetivo del pasado (todo conocimiento sería una construcción, no un descubrimiento) (Layton y Ucko, 1999: 6)³⁶. Sin llegar a esto, autores como Michael Shanks (Shanks y Hodder, 1995: 19-20) o Christopher Tilley (1991a) matizan su postura decantándose por un *relativismo epistemológico*. Este término hace alusión a la idea de que el conocimiento está siempre arraigado dentro de un tiempo y una cultura concretos. Así, tanto los hechos como su interpretación son *construidos* en cada momento. Por tanto un adecuado estudio del contexto puede arrojar cierta luz sobre la validez de nuestra interpretación. Frente a ello encontramos argumentos más extremos, justificados por ciertos autores encuadrados en la línea más dura del constructivismo o “constructivismo radical”, que en los últimos años está representado por ejemplo en la obra de Cornelius Holtorf (1993; 1997a; 1997b; 1997c; 2000-2007; 2005a; 2005b). El tipo de propuestas de este autor es lo que Shanks denomina *judgemental relativism* (relativismo crítico) (Shanks y Hodder, 1995: 19). Para el constructivismo radical el conocimiento es un proceso cognitivo del cerebro humano, que no se dirige a alcanzar una imagen *verdadera* de lo real, sino a organizar el mundo que se experimenta de una forma coherente y útil para el sujeto (Holtorf, 1997a: 80; 2000-2007)³⁷. De esta forma, distintas adecuaciones del conocimiento a la realidad –distintas versiones o interpretaciones– pueden tener igual validez. Por ejemplo, y en el ámbito que nos interesa, las explicaciones de la arqueología académica no deben ser privilegiadas epistemológicamente sobre otro tipo de explicaciones (Holtorf, 2005b). En palabras de este autor: “*prehistory and prehistoric objects, how ever people have seen and made sense of*

35. A lo largo del texto se ha venido citando en varias ocasiones esta monografía electrónica de Cornelius Holtorf. Lamentamos no poder detallar las páginas –aunque sea virtuales– de la obra, ya que se trata de un “experimento” original del autor, que llevando al extremo las ideas constructivistas ha redactado la obra como un texto *hypermedia*, es decir, páginas independientes con numerosos hipervínculos en centenares de términos que permiten que cada lector vaya construyendo e hilvanando su propio texto de lectura por medio de las relaciones entre estas palabras-clave. Al carecer de índice y paginación y al no ser tampoco un texto lineal se hace imposible dar más detalles para la localización de estas citas. Una posible solución es realizar una búsqueda por la palabra o concepto deseado en la página inicial, lo que nos remitirá a todas las páginas relacionadas con ese término.

36. Trigger plantea también una importante cuestión que derivaría de la aceptación de un relativismo extremo. Si la arqueología es incapaz de producir algún tipo de conocimiento acumulativo sobre el pasado y se trata de una construcción totalmente parcial y dependiente del contexto histórico específico, ¿qué justificación científica se podría ofrecer para realizar investigación arqueológica? Lo único que podría aducirse serían motivos políticos, psicológicos o estéticos para abordarla (Trigger, 2006: 1).

37. Las tesis del constructivismo radical se inspiran en líneas apuntadas desde la filosofía o la sociología de la ciencia. Se pueden consultar al respecto obras como la de Schwandt (1994) o Ernst Von Glasersfeld, considerado el fundador de la corriente (Glasersfeld, 1987; 1989; 1996). Estas ideas toman como punto de partida lo apuntado ya por Piaget (1965) en sus estudios sobre el desarrollo cognitivo de los niños: que la inteligencia organiza el mundo organizándose a sí misma.

them, are constructions of the respective presents (...) academic archaeology of the present is just one of the many possible ways to come to terms with the past, and to make sense of the material remains of the past" (Holtorf, 2000-2007). Por tanto, el conocimiento científico no sería más válido que otro tipo de explicaciones. Esto es así porque la realidad no puede ser conocida objetivamente al estar siempre sujeta a la interpretación concreta y personal, que a su vez está determinada e influida por el contexto histórico y social.

El constructivismo radical podría definirse por dos aspectos. El primero de ellos es su consideración del conocimiento como algo activamente construido por el individuo, mientras que el segundo es su defensa de que el mismo tiene una función adaptativa que permite organizar la experiencia del mundo de una forma útil para el sujeto. De este modo, el conocimiento dejaría de tener como finalidad el descubrimiento de la realidad y pasaría a construirla de una manera coherente para el individuo³⁸. Entonces, ¿cómo escapar del temido relativismo? Los constructivistas radicales apuntan una serie de claves que permiten evaluar la validez de una determinada interpretación. Si ya no se puede juzgar el conocimiento por su poder de representación de lo real, debería hacerse por su capacidad de dar un sentido concreto y personal al mundo (Holtorf, 2000-2007).

Por lo que respecta a su aplicación práctica, posturas como las defendidas por el constructivismo han revalorizado el carácter polisémico del registro arqueológico (Hodder, 1987a: 22-24; Tilley, 1991b: 191; Thomas, 1996: 20), de la misma manera que las nuevas ideas defendidas por las líneas postprocesuales en los últimos años, han conseguido cambiar la forma de entender la cultura y los restos del pasado. Al margen de la radicalidad y el riesgo de sus postulados, al constructivismo no puede negársele el mérito de defender la necesidad de reconstruir diferentes formas de interpretar el pasado y de interesarse por estudios diacrónicos de los objetos materiales, que como en el caso de los megalitos han estado sujetos antes de la hegemonía de la interpretación "científica" a otro tipo de explicaciones influidas y determinadas en gran medida por el contexto concreto en que surgieron y están ubicados.

Esperamos haber conseguido con este estado de la cuestión contextualizar y explicar las causas del creciente interés por la vida histórica de elementos arqueológicos como los megalitos, que hemos señalado para los últimos años de la década de 1990 y principios de este nuevo siglo.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ VIDAURRE, E. (2007): *Historia de la percepción del megalitismo en Navarra y Guipúzcoa: aproximación a una "biografía" de sus monumentos*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Navarra.

ANDERSON, P. (1998): *The origins of postmodernity*, Verso, Londres.

38. Conviene señalar un aspecto importante respecto al carácter del constructivismo radical. No se niega que exista una realidad ontológica (una realidad objetiva que exista como tal) sino que se sea capaz de conocerla (ya que el conocimiento no llegaría a ella al tratarse de una construcción mental).

- ARON, R. (1961): *Dimensions de la conscience historique*, Plon, París.
- ATKINSON, J. A., BANKS, I. y O'SULLIVAN, J. (eds.): *Nationalism and archaeology. Scottish Archaeological Forum*, Cruithne Press, Glasgow.
- AURELL, J. (2005): *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Universitat de València, Valencia.
- BARTHES, R. (1990): "Semántica del objeto", *Revista de Occidente* 104, 5-18.
- BENDER, B. (2002): "Landscape and politics. Introduction". En BUCHLI, V. (ed.): *The material culture reader*, 135-140, Berg, Oxford.
- BERGER, P. L. y LUCKMANN, Th. (1972): *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires (1ª edición: 1966).
- BINFORD, L. R. (1962): "Archaeology as anthropology", *American Antiquity* 28, nº 2, 217-225
- BINFORD, L. R. (1964): "A consideration of archaeological research design", *American Antiquity* 29, 425-441.
- BINFORD, L. R. (1965): "Archaeological systematics and the study of culture process", *American Antiquity* 31, nº 2, 203-210.
- BINFORD, L. R. (1987): "Data, relativism and archaeological science", *Man: the journal of the Royal Anthropological Institute* 22, 391-404, Londres.
- BINFORD, L. R. (1998): *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*, Crítica, Barcelona (1ª edición: 1983).
- BINFORD, L. R. y BINFORD, S. R. (eds.) (1968): *New perspectives in archaeology*, Aldine Publishing, Chicago.
- BOURDIEU, P. (1997): *Razones prácticas sobre la teoría de la acción*, Anagrama, Barcelona.
- BOURDIEU, P. (2000): *Cuestiones de sociología*, Istmo, Madrid.
- BRADLEY, R. (1993): *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*, Edimburgo Society of Antiquaries of Scotland.
- BRADLEY, R. (2002): *The past in prehistoric societies*, Routledge, Londres.
- BUCHLI, V. (ed.) (2002): *The material culture reader*, Berg, Oxford.
- CHALMERS, A. F. (1988): *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?: una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- CLARK, E. A. (2004): *History, theory, text: historians and the linguistic turn*, Harvard University Press, Cambridge.
- CLARK, G. (1965): *Archaeology and society: reconstructing the prehistoric past*, Methuen, Londres (1ª edición: 1939).
- COLLINGWOOD, R. G. (1965): *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, México (1ª edición: 1946).

- CRIADO, F. (1989): "El passat segons el poder: alternativus, policies i arqueòlegs a Stonehenge", *Cota Zero* 5, 109-114.
- DERRIDA, J. (1989a): *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona (1ª edición: 1967).
- DERRIDA, J. (1989b): *Márgenes de la filosofía*, Cátedra, Madrid (1ª edición: 1972).
- DERRIDA, J. (2003): *De la gramatología*, Siglo XXI, México (1ª edición: 1967).
- DÍAZ-ANDREU, M. y MORA, G. (1995): "Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico", *Trabajos de Prehistoria* 52 (1), 25-38.
- DILTHEY, W. (1966): *Introducción a las ciencias del espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Revista de Occidente, Madrid (1ª edición: 1883).
- ELEY, G. (2005): "Is all the world a text? From social history to the history of society two decades later". En SPIEGEL, G. M. (ed.): *Practicing history: new directions in historical writing after the linguistic turn*, 35-61, Routledge, Nueva York.
- FRITZ, J. M. y PLOG, F. T. (1970): "The nature or archaeological explanation", *American Antiquity* 35, nº 4, 405-412.
- GIDDENS, A. (1977): *El capitalismo y la moderna teoría social*, Labor, Barcelona.
- GIDDENS, A. (1979): *Central problems in social theory: action, structure, and contradiction in social analysis*, University of California Press, Berkeley.
- GIDDENS, A. (1997): *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la esctructuración*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- GLASERSFELD, E. von (1987): *The construction of knowledge*, Intersystems Publications, Seaside.
- GLASERSFELD, E. von (1989): "Constructivims in education". En HUSEN, T. y POSTLETHWAITE, T. N. (eds.): *The international encyclopedia of education. Research and studies*, volumen suplementario 1, 162-163, Pergamon Press, Oxford.
- GLASERSFELD, E. von (1996): *Radical constructivism: a way of learning*, Falmer, Londres.
- GRAVES-BROWN, P., JONES, S. y GAMBLE, C. (1996): *Cultural Identity and Archaeology. The construction of European Communities*, London, Routledge.
- HAWKES, Ch. (1954): "Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World", *American Anthropologist* 56, 155-168.
- HEMPEL, C. G. (1984): *Filosofía de la ciencia natural*, Alianza, Madrid.
- HERNANDO GONZALO, A. (2002): *Arqueología de la identidad*, Akal, Madrid.
- HOBBSAWM, E. (1997): *On history*, Weindenfeld & Nicolson, Londres.
- HODDER, I. (1982a): *Symbols in action: ethnoarchaeological studies of material culture*, Cambridge University Press, Nueva York.
- HODDER, I. (1982b): "Theoretical archaeology: a reactionary view". En HODDER, I. (ed.): *Symbolic and structural archaeology*, 1-16, Cambridge University Press, Nueva York.

- HODDER, I. (ed.) (1982c): *Symbolic and structural archaeology*, Cambridge University Press, Nueva York.
- HODDER, I. (1984): "Archaeology in 1984", *Antiquity* 58, 25-32.
- HODDER, I. (1987): "La arqueología en la era postmoderna", *Trabajos de Prehistoria* 44, 11-26.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, Crítica, Barcelona.
- HODDER, I. (1991a): "Post-modernism, post-estructuralism and post-procesual archaeology". En HODDER, I. (ed.): *The meaning of things, material culture and symbolic expression*, 64-78, Harper Collins, Londres.
- HODDER, I. (ed.) (1991b): *The meaning of things, material culture and symbolic expression*, Harper Collins, Londres.
- HODDER, I. (ed.) (2001): *Archaeological theory today*, Polity Press, Cambridge.
- HODDER, I., SHANKS, M. et alii (eds.) (1995): *Interpreting archaeology. Finding meanings in the past*, Routledge, Londres.
- HOLTORF, C. (1993): "Object-orientated and problem-orientated approaches of archaeological research-reconsidered", *Hephaistos* 13, 7-18 [disponible también en: <http://members.chello.se/cornelius/hephaistos.html>].
- HOLTORF, C. (1997a): "Christian landscapes of pagan monuments. A radical constructivist perspective". En NASH, G. (ed.): *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, 80-88, BAR International Series, Oxford.
- HOLTORF, C. (1997b): "Beyond cronographies of megaliths: understanding monumental time and cultural memory". En RODRÍGUEZ-CASAL, A. (ed.): *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, 104-114, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela.
- HOLTORF, C. (1997c): "Knowing without metaphysics and pretentiousness. A radical constructivist proposal". En *Nordic TAG Göteborg 1997: Archaeological epistemology and ontology* [disponible en: <http://www.univie.ac.at/constructivism/papers/holtorf/97-knowing.htm>].
- HOLTORF, C. (2000-2007): *Monumental past: the life-histories of megalithic monuments in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)* [monografía electrónica en constante actualización], Centre for Instructional Technology Development, Toronto [disponible en: <https://tspace.library.utoronto.ca/citd/holtorf/index.html>].
- HOLTORF, C. (2005a): *From Stonehenge to Las Vegas. Archaeology as popular culture*, Altamira Press, Walnut Creek.
- HOLTORF, C. (2005b): "Beyond crusades: how (not) to engage with alternative archaeologies", *World Archaeology* 37, 544-551.
- HUME, D. (1980): *Investigación sobre el conocimiento humano*, Alianza, Madrid (1ª edición: 1748).
- JAKOBSON, R. (1975): *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona.
- JAKOBSON, R. y HALLE, M. (1974): *Fundamentos del lenguaje*, Ayuso, Madrid (1ª edición: 1956).

- JAMESON, F. (1998): *The cultural turn: selected writings on the postmodern, 1983-1998*, Verso, Londres.
- JOHNSON, M. (2000): *Teoría arqueológica. Una introducción*, Ariel, Barcelona.
- JORGE, V. O. (1987): *Projectar o passado. Ensayos sobre arqueología e Prehistoria*, Editorial Presença, Lisboa.
- KHOL, P. L. (1985): "Symbolic cognitive archaeology: a new loss of innocence", *Dialectical Anthropology* 9, 89-118.
- KLEJN, L. S. (1977): "A panorama of theoretical archaeology", *Current Anthropology* 18 (1), 1-42.
- KRISTIANSEN, K. (1993): "The past in its great night: an essay on the use of the past", *Journal of European Archaeology* 1 (1), 3-32.
- LEACH, E. (1989): *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos: una introducción al uso del análisis estructuralista en la antropología social*, Siglo XXI, Madrid (1ª edición: 1976).
- LEROI-GOURHAN, A. (1964): *Les religions de la Préhistoire*, Presses Universitaires Françaises, París.
- LEROI-GOURHAN, A. (1965): *Préhistoire de l'art occidental*, Mazenod, París.
- LEVI STRAUSS, C. (1958): *Anthropologie structurale*, Plon, París.
- LEVI STRAUSS, C. (1962): *La pensée sauvage*, Plon, París.
- LOCKE, J. (1963): *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Aguilar, Buenos Aires (1ª edición: 1690).
- LULL, V. (1988): "Hacia una teoría de la representación en arqueología", *Revista de Occidente* 81, 62-76, Madrid.
- LULL, V. y MICÓ, R. (1997): "Teoría arqueológica I. Los enfoques tradicionales: las arqueologías evolucionistas e histórico-culturales", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 7, 107-128.
- LULL, V. y MICÓ, R. (1998): "Teoría arqueológica II. La arqueología procesual", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 8, 61-78.
- LULL, V. y MICÓ, R. (2001-2002): "Teoría arqueológica III. Las primeras arqueologías post-procesuales", *Revista d'Arqueologia de Ponent* 11-12, 21-41.
- LYOTARD, J. F. (1984): *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid (1ª edición: 1979).
- MANNHEIM, K. (1957): *Ensayos de sociología de la cultura*, Aguilar, Madrid (1ª edición: 1956).
- MANNHEIM, K. (1958): *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, Aguilar, Madrid (1ª edición: 1936).
- MANNHEIM, K. (1963): *Ensayos sobre sociología y psicología social*, Fondo de Cultura Económica, México (1ª edición: 1953).

- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y VICENT, J. M. (1983): “La periodización: un análisis histórico-crítico”, *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, vol. IV, 343-352, Ministerio de Cultura, Madrid.
- MARTINÓN-TORRES, M. (2001a): “Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas”, *Trabajos de Prehistoria* 58 (1), 95-108.
- MARTINÓN-TORRES, M. (2001b): *Os monumentos megalíticos despois do megalitismo: arqueoloxía e historia dos megalitos galegos a través das fontes escritas (s. VI-s. XIX)*, Concello de Valga, Valga.
- MARTINÓN-TORRES, M. y RODRÍGUEZ-CASAL, A. A. (2000): “Aspectos historiográficos del megalitismo gallego: de la documentación medieval al siglo XIX”. En JORGE, V. O. (coord.): *Neolitizaçao e megalitismo da Península Ibérica (Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular)*, vol. III, 303-319, ADECAP, Oporto.
- MCGLADE, J. (1999): “Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico”, *Trabajos de Prehistoria* 56 (2), 5-18, Madrid.
- NASH, G. (ed.) (1997): *Semiotics of landscape: archaeology of mind*, BAR International Series, Oxford.
- NAVARRO MEDEROS, J. F. (2002): “Arqueología, identidad y patrimonio. Un diálogo en construcción permanente”, *Tabona* 11, 7-29, La Laguna.
- OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F. J. (dirs.) (1996): *La “nueva” historia cultural, la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Editorial Complutense, Madrid.
- PIAGET, J. (1965): *La construcción de lo real en el niño*, Proteo, Buenos Aires.
- QUEVEDO, A. (2001): *De Foucault a Derrida: pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*, EUNSA, Pamplona.
- RENFREW, C. (1969): “Trade and culture process in european prehistory”, *Current Anthropology* 10, 151-169.
- RENFREW, C. (ed.) (1973): *The explanation of culture change*, Duckworth, Londres.
- RENFREW, C. (1983): *Towards an archaeology of mind*, Cambridge University Press, Cambridge.
- RODRÍGUEZ-CASAL, A. (ed.) (1997): *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela.
- SALMON, M. H. (1982): *Philosophy and archaeology*, Academic Press, Nueva York.
- SANCTIS, R. de y FINIS, G. de (1988): “Colin Renfrew: en busca de una arqueología científica”, *Revista de Occidente* 81, 77-96, Madrid.
- SAUSSURE, F. de (1983): *Curso de lingüística general*, Alianza, Madrid (1ª edición: 1915).

- SCHUTZ, A. (1993): *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*, Paidós, Barcelona.
- SCHWANDT, Th. A. (1994): "Constructivist, interpretivist approaches to human inquiry". En DENZIN, N. K. y LINCOLN, Y. S. (eds.): *Handbook of qualitative research*, 118-137, Sage, Londres.
- SHANKS, M. y HODDER, I. (1995): "Processual, postprocessual and interpretive archaeologies". En HODDER, I., SHANKS, M. *et alii* (eds.): *Interpreting archaeology. Finding meanings in the past*, 3-29, Routledge, Londres.
- SHANKS, M. y TILLEY, Ch. (1988): *Social theory and archaeology*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- SHANKS, M. y TILLEY, Ch. (1992): *Re-constructing archaeology: theory and practice*, Routledge, Londres (1ª edición: 1987).
- SPIEGEL, G. M. (1995): "Towards a theory of the Middle Ground: historical writing in the age of postmodernism". En BARROS, C. (ed.): *Historia a debate, Tomo I: Pasado y futuro*, 169-176, Historia a Debate, Santiago de Compostela.
- SPIEGEL, G. M. (1997): *The past as text. Theory and practice of medieval historiography*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- SPIEGEL, G. M. (ed.) (2005): *Practicing history: new directions in historical writing after the linguistic turn*, Routledge, Nueva York.
- STEWART, J. (1955): *Theory of culture change: the methodology of multilinear evolution*, University of Illinois Press, Urbana.
- TAYLOR, V. E. y WINQUIST, Ch. E. (eds.) (2001): *Encyclopedia of postmodernism*, Routledge, Londres.
- TAYLOR, W. W. (1948): "A study of archaeology", *Memoirs of the American Anthropological Association* 69, Menasha.
- THOMAS, J. (1996): *Time, culture and identity*, Routledge, Londres.
- TILLEY, Ch. (1991a): *Material culture and text. The art of ambiguity*, Routledge, Londres.
- TILLEY, Ch. (1991b): "Interpreting material culture". En HODDER, I. (ed.): *The meaning of things: material culture and symbolic expression*, 185-194, Harper Collins, Londres.
- TILLEY, Ch. (ed.) (1993): *Interpretative archaeology*, Berg, Oxford.
- TROUBETZKOY, N. S. (1973): *Principios de fonología*, Cincel, Madrid (1ª edición: 1939).
- VICENT, J. M. (1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trabajos de Prehistoria* 39, 9-53.
- VICENT, J. M. (1985): "Un concepto de metodología: hacia una definición epistemológica sobre la Prehistoria", *Prehistoria y Arqueología: Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia (Cáceres, 1981)*, 55-72, Universidad de Extremadura, Cáceres.
- WASHBURN, D. K. (ed.) (1983): *Structure and cognition in art*, Cambridge University Press, Nueva York.



WATSON, P. J., LEBLANC, S. A. y REDMAN, Ch. L. (1974): *El método científico en arqueología*, Alianza, Madrid.

WEBER, M. (1984): *La acción social: ensayos metodológicos*, Barcelona, Península (1ª edición: 1922).

WHITE, L. A. (1949): *The science of culture: a study of man and civilisation*, Farrar & Straus, Nueva York.

WYLIE, A. (2002): *Thinking from things. Essays in the philosophy of archaeology*, University of California Press, Los Ángeles.